

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 3, 5.7-12): *Pídeme lo que quieras.*

Salmo (118, 57 y 72.76-77.127-128.129-130): *«¡Cuánto amo tu voluntad, Señor»*

2ª lectura (Romanos 8, 28-30): *A los que llamó, los justificó.*

Evangelio (Mateo 13, 44-52): *El Reino de los Cielos es un tesoro...*

La verdadera riqueza de las naciones y del mundo es la humanidad, más que todos los recursos económicos, energéticos, financieros o lo que sean. Desgraciadamente nuestro mundo, el civilizado, el desarrollado, el que presume de los derechos humanos, ha apostado por el capitalismo, por el capital financiero, en detrimento del verdadero capital, que es el capital humano.

No se tiene en cuenta el valor del trabajo humano, porque se le ha envilecido relegándolo al precio del mercado, como si fueran patatas, tomates o automóviles. No se les ha ocurrido pensar en el verdadero desarrollo y en el grado de cultura si se contase con la participación de millones y millones de personas, para las que, se dice, que no hay trabajo.

Resulta incomprensible con qué facilidad se toleran millones y millones de seres humanos sin trabajo, cuando se hacen verdaderos esfuerzos y no se duda en poner en peligro la naturaleza y el planeta, por descubrir y explotar nuevos yacimientos de gas y de petróleo.

Este capitalismo se está manifestando como un verdadero cáncer de la democracia, que anula el gobierno del pueblo, de los elegidos democráticamente, para depositarlo en manos del capital, de los dueños del capital, erigidos en tales por la explotación, la especulación y la apropiación del beneficio.

Resulta un insulto, si no fuera una injusticia, la facilidad con que se priva a los hombres y mujeres de su trabajo y se les manda al paro, con tal de aumentar el beneficio de unos pocos, cada vez menos, que incrementan el número de pobres, cada vez más, y cada vez más pobres.

Como en todo proceso canceroso, la aplicación de la terapia, al paso que trata de eliminar los errores, lo hace siempre eliminando los aciertos. No es una casualidad que la superación de la crisis se haga a costa de la salud, de la educación, del bienestar y del salario, eso sí, de los trabajadores.

Venga a nosotros tu Reino.- Jesús en el evangelio nos habla del Reino de Dios, de sus planes sobre nosotros, no solo en la otra vida, en el cielo, sino en la tierra, ya en esta vida. Ese plan de Dios que describe magistralmente el Génesis al presentar la creación como la preparación amorosa del padre de un paraíso para sus hijos. No podemos vivir tan tranquilos malgastando los recursos naturales o acaparándolos unos a costa de otros. Tenemos que empeñarnos en cumplir la voluntad de Dios, el sueño de Dios, el bienestar de toda la familia humana como premisa para una vida feliz, en este mundo. Eso es lo que pedimos insistentemente al rezar el padrenuestro.

Hágase tu voluntad.- Y al pedir que se cumpla su voluntad, nos estamos enrolando nosotros en la tarea, pues somos nosotros los que tenemos que cumplirla, los que tenemos que trabajar para realizar lo que Dios quiere y nosotros deseamos ardientemente. El sueño de Dios es también nuestro sueño, el sueño de toda la humanidad, lo que más deseamos todos en el fondo, si somos capaces de superar el egoísmo y descubrir ese tesoro que Dios ha puesto en nuestro corazón.

En la tierra como en el cielo.- En el cielo creemos que se cumple completamente la voluntad de Dios, por eso el cielo es el colmo de la felicidad, la suma de todos los bienes sin mezcla de mal alguno. Y al rezar el padrenuestro, nos comprometemos, y pedimos a Dios que nos ayude, a cumplirla también en la tierra con esa generosidad y perfección como se cumple en el cielo, de manera que nuestro mundo supere todas las deficiencias, desigualdades e injusticias que oscurecen el Reino de Dios y producen desilusión y derrotismo frente a la tarea.

Danos hoy nuestro pan de cada día.- El pan, que pedimos, es el símbolo de todo cuanto necesitamos para satisfacer nuestras necesidades y hacer posible una vida feliz. Por eso pedimos el pan nuestro, no el tuyo, el mío o el de los nuestros, sino el de todos, el de la familia humana.

No podemos conformarnos con el Estado del bienestar (el nuestro), tenemos que eliminar todas las fronteras y egoísmos para apuntar y trabajar por el bienestar de la humanidad. Ese es el sueño de Dios, su voluntad, la tarea que nos ha confiado amorosamente, y ese debería ser también nuestro sueño, nuestro empeño. Ese es el tesoro que hay que descubrir para disfrutarlo.